

Selección RNR



*Una chica
mala*

Fabiola Arellano



Romance Actual

Una chica mala

Fabiola Arellano

1.ª edición: marzo, 2017

© 2017 by Fabiola Arellano

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-679-8

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*El cáncer, fiero dictador de nuestros tiempos,
te arrancó la existencia terrenal,
mas nunca minó tu espíritu.
Ahora eres infinito,
luminiscencia en mis recuerdos,
fresco diluvio en mis días áridos.
Te amo papá, descansa en paz...*

Humberto Padilla Ornelas
1955 – 2017

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Una chica mala
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Epílogo

Agradecimientos Promoción

Una chica mala

Hoy

Maricela

Supongo que ahora que Dante va a casarse, se te han agotado los pretextos para no venir a tu país y visitar a los amigos que deliberadamente has exiliado. ¿No es así, amiga? XD

10:15 a.m.

Cinthya

¿Bromeas? Olvidas que la desterrada soy yo y, aun así, siempre he dedicado tiempo a los amigos. Eres tú quién todo el tiempo está ocupada, más ahora que es casi un hecho que te ascenderán de puesto. No hay quien te aguante, amiga, pobres de tus subordinados, se necesita demasiada paciencia para soportar estoico ese carácter tuyo, y más ahora que serás algo así como "El Todo poderoso".

10:17 a.m.

Maricela

Ja, ja, ja, tú siempre tan ocurrente, me encanta tu humor negro, pero si crees que atacándome con tu bla bla, te librarás de contestar a mis preguntas, olvídalos. Llegarás el viernes, ¿verdad? **10:20 a.m.**

Cinthya

¿Acaso tengo elección? **10:21 a.m.**

Maricela

Para tu desgracia personal, no. Ahora no tienes justificación que valga, Dante jamás te perdonaría si faltas a su boda. **10:23 a.m.**

Cinthy

Sí, tienes razón, es algo inevitable, Lizeth me ha pedido que sea su dama de honor, y la verdad es que no pude negarme. **10:26 a.m.**

Maricela

¿En serio? ¿Y cómo hizo para convencerte? Estoy segura de que el infierno se congelaría antes de que los simples mortales tengamos el privilegio de verte enfundada en satén rosa. **10:29 a.m.**

Cinthy

Ja, ja, ja. ¿Puedes creerlo? Yo, de rosa... **10:31 a.m.**

¡Ni lo sueñes! X3 Le dije que aceptaba siempre y cuando me dejara elegir el vestido, color y diseño. **10:32 a.m.**

Maricela

¡Dios! Debe quererte mucho para arriesgarse de esa manera. **10:33 a.m.**

Cnithya

Muy graciosa, aunque lo dudes, esta vez pienso comportarme de forma civilizada. **10:35 a.m.**

Maricela

¡Un momento! ¿Todavía estoy hablando con Cinthya? ¡Dios! ¡Mi pobre amiga ha sido abducida por alienígenas...! Sí, eso debe ser, porque ella jamás aceptaría comportarse de forma "civilizada" ni aunque su vida dependiera de ello. **10:39 a.m.**

Cinthya

Lo dicho, amiga, tienes un sentido del humor pésimo, tus chistes no me causan la menor gracia. No sé por qué te sorprendes, sabes que siempre he sabido comportarme de acuerdo al riguroso protocolo de mi madre. No olvides que estudié en una escuela de monjas. **10:41 a.m.**

Maricela

¡Sí, claro! Entonces explícame por qué nunca lo has hecho. Ja, ja, ja, ja. **10:43 a.m.**

Cinthya

¡Muy graciosa! Siempre tienes que tener la última palabra en una discusión, ¿verdad? **10:47 a.m.**

Maricela

Por supuesto, no he llegado a donde estoy siendo blanda. Ja, ja, ja. **10:50 a.m.**

Cinthya

¿Es esa tu patética forma de presumir el ascenso a directora? Déjame decirte que es muy falta de originalidad, esperaba más de ti, amiga. Me gustaría ver la cara de tus súbditos si supieran lo que unas copas de más pueden lo-

grar en su jefa, tanto que es capaz de bailar sobre una mesa. XD **10:55 a.m.**

Maricela

Si no te conociera lo suficiente, me ofendería ese afán tuyo por recordarme esa lamentable noche de mi vida. Lo bueno es que ya sé cómo eres de perversa, pero, aun así, te quiero, amiga. **10:59 a.m.**

Cinthya

No soy perversa, bueno, sí... quizá un poco, pero solo algunas veces. **11:02 a.m.**

Maricela

Cambiando de tema, me alegro que Karla no vaya a fastidiarle el gran día a Lizeth. **11:05 a.m.**

Cinthya

¿Por qué? ¿Qué hizo ahora la mujer de hielo? No me digas que quiere robarse al novio. XD **11:07 a.m.**

Maricela

Créeme, amiga, nunca entenderé cómo funciona tu maquiavélico cerebro. Hablo de la idea de Alex sobre una boda doble. Absurdo, ¿no crees? Lizeth se encomendó a todos los santos habidos y por haber, rogando al cielo para que Karla hiciera su típico berrinche y no aceptara que otra novia le robara el protagonismo en su gran día. **11:11 a.m.**

Por fortuna, la mujer de hielo peleó como una leona y haciendo uso de su fría diplomacia, no

cedió. Siempre quiere destacar, y, acá entre nos, junto a Lizeth, eso no sería posible, nuestra amiga es demasiado bella y adorable, Karla lo sabe, no es tonta, por eso pospuso la boda dos semanas. **11:13 a.m.**

¿Cinthya? ¿Estás ahí? Ya no me contestaste... ¡Dios! ¿No me digas que no sabías que Alex también va a casarse...? **11:36 a.m.**

¡Yo y mi bocota! Siempre meto la pata. ¿Cuándo aprenderé a mantenerme callada? **11:38 a.m.**

Por favor, discúlpame, yo... no sé qué más decir... En verdad lo siento, amiga, di por hecho que estabas enterada. Supuse que Dante o Lizzy te habían hablado al respecto cuando te visitaron hace unas semanas. Por lo visto, me equivoqué. **11: 40 a.m.**

CAPÍTULO I

Cintha de Anda, con el ceño fruncido, trabajaba en un *collage* de fotografías que uno de sus clientes le había pedido para una revista. Cuando el móvil sonó indicándole que tenía un mensaje, lo tomó para ver el remitente y sonrió, era Maricela González, su amiga desde la guardería. Sin perder tiempo, abrió el WhatsApp y su sonrisa se amplió, de inmediato se enfrascó en la conversación hasta que una noticia la dejó fría: Alex iba a casarse.

Todo aquello que creyó enterrado y superado la atacó de golpe. ¿Hasta cuándo dejaría de atormentarla su obsesión por ese hombre? Aun estando lejos, su recuerdo la perseguía. Por lo visto no había distancia suficiente para escapar de Alejandro Salazar.

Varios años atrás, tomando como pretexto un intercambio estudiantil, fue alejada del que había sido su hogar. Reconoció que, aunque doliera, el destierro resultó muy conveniente, pues en aquel momento necesitaba poner tierra de por medio, alejarse de su pasado y tratar de encontrarse a sí misma.

En la actualidad, era una fotógrafa reconocida, había montado varias exposiciones y se cotizaba alto, era la favorita de algunas revistas famosas. Le gustaba su vida tal cual; para ella, así era perfecta: realizada en su trabajo, viviendo en un espacioso y moderno departamento cerca del Central Park y, cuando necesitaba un poco de frivolidad, se codeaba con celebridades, artistas, genios de la moda...

¿Qué más podría pedirle a la vida? Nada, excepto poder escapar de un par de ojos cobalto que llevaban dema-

siado tiempo torturándola.

Bárbara, su compañera de piso desde hacía cinco años, era una de sus mejores amigas, habían congeniado de inmediato, y la convivencia diaria se fue convirtiendo en una sólida amistad.

Cuatro largos años habían transcurrido desde la última vez que visitó la casa de sus padres. Aquella horrible Navidad, que marcó un antes y un después en su vida, la obligó a tomar una decisión definitiva: no volver a pisar suelo mexicano.

Por desgracia, su determinación se había visto minada hacía poco más de tres semanas cuando su hermano, acompañado de Lizeth, la visitó para darle la buena noticia sobre su próxima boda.

Lizzy le había pedido, no, mejor dicho, suplicado, que fuera su dama de honor, a lo cual terminó cediendo, quería demasiado a ese par y, aunque se resistió, al final no pudo negarse. Por supuesto, haciendo gala del buen negociador que llevaba dentro, impuso algunas condiciones.

Volviendo al presente, se devanó los sesos tratando de comprender por qué los tortolitos no le habían comentado nada sobre la otra boda cuando la visitaron; la respuesta que acudió a su mente la enfureció: seguro daban por hecho que seguía enamorada de Alex, como cuando era una chiquilla y no querían lastimarla.

Su rabia crecía ante cada pensamiento, estaba harta de la patética protección de Dante, la cual le pareció de lo más absurda. Si a final de cuentas era inevitable que se enterara de la buena nueva en cuanto cruzara la puerta principal del aeropuerto mexicano, ¿qué caso tenía tanta pantomima?

Miles de pretextos para negarse a asistir a la boda de su único hermano desfilaron por su cabeza, entonces su orgullo herido le recordó que ya no era la chica ingenua que, confundida y destrozada, se vio forzada a marcharse de su amado país.

Reflexionó que poner distancia no era la solución, había estado haciéndolo los últimos cuatro años y estaba cansada de huir. Era tiempo de plantarle cara a su pasado, dejar atrás y para siempre a Alex y lo que él representaba.

Después de mucho meditar, decidió inclinar la balanza a su favor y ver el lado positivo de la situación; si Maricela no hubiese cometido esa indiscreción, ella habría regresado a casa de sus padres ignorante del feliz acontecimiento y con la guardia baja. Tenía que agradecer al cielo su buena suerte y sacar provecho de esa ventaja.

Le enfurecía reconocer que la noticia le había caído como bomba nuclear, causando en ella gran devastación. Se suponía que él ya no le importaba, ¿entonces?, ¿por qué seguía afectándole lo concerniente a ese hombre que había dejado más que claro no estar interesado en corresponderla?

Durante años se había mentado a sí misma, quizá ahí radicaba el problema, pero... ¿cómo obligar al corazón a someterse a los designios de la razón? Pensó en que si lograba encontrar la respuesta a esa pregunta, sería la mujer más feliz del planeta. Por lo pronto, tenía que apegarse a su realidad y reconocer que estaba obligada a regresar al lugar que juró nunca más pisar, y donde, por lo visto, aguardaban por ella sus esqueletos en el armario.

El solo imaginar la posibilidad de haberse enterado de *la boda del año* estando en casa de sus padres, con Karla y Alex presentes, le hacía sentir ganas de vomitar.

Por fortuna, Maricela, aun sin saberlo, la había prevenido, y gracias a ello se había librado de pasar semejante bochorno. Se miró de reojo en el enorme espejo que cubría toda una pared, la palidez de su rostro solo le confirmaba que mejor suerte no pudo correr.

—Antes que todo, tranquilízate, Cinthya. —Tomó una gran bocanada de aire—. Vamos por pasos. Primero: tienes que llamar a Maricela e inventarte una excusa súper creíble del por qué no contestaste a sus últimos mensajes, convencerla de que ya sabías del asunto y que todo está perfecto. Segundo: concertar una cita con Tara para que te arregle el cabello. Tercero: hacer unas cuantas compras, y por último: organizar toda una estrategia de defensa en contra del enemigo.

Con esa firme determinación, se miró una vez más en el espejo de su estudio y le gustó lo que vio: una mujer adulta, plena y realizada en su profesión. «No me encontrarás con la guardia baja, Alex; ya no soy la misma estúpida que se marchó humillada. Esta vez, contraatacaré hasta morir, ¡eso te lo juro!», prometió a su doble opuesto.

—¡Que los dioses del Olimpo te amparen porque voy con todo contra ti, Alejandro Salazar! —sentenció mientras observaba la vieja fotografía de él, de la cual aún no era capaz de desprenderse y se odió por eso.

—*Oh, my Good!* ¡Qué lo protejan los ejércitos celestiales, pues tu ira es implacable! —se burló Bárbara, que en ese momento entraba al estudio y fue testigo de semejante amenaza.

—¿Se puede saber qué rayos haces aquí? —Miró con ira a su amiga, si algo no soportaba, era sentirse vulnerable, y menos aún que alguien más lo notara.